

Utopía y realidad en la opción de Calasanz

Síntesis histórico-crítica

Giovanni Landucci¹

1. En 1597 un sacerdote español abrió una escuela gratuita.

En 1597 un sacerdote español, llegado a Roma para seguir de cerca la práctica introducida a fin de obtener un canonicato, abrió una escuela gratuita para niños pobres en los locales de la Iglesia romana de Sta. Dorotea, o más bien, transformó la escuela local de la Doctrina cristiana en una estructura en la cual se enseñaba a leer el catecismo. De aquella iniciativa sencilla y valiente nació una orden religiosa que, en la instrucción y educación de la infancia pobre y después de la juventud, encontró el propio carisma o, si se prefiere, la justificación teológica y jurídica del propio carisma. Se trata de la Orden de los Escolapios que, después de un arranque difícil y contrastado, ha tomado parte de manera nada efímera en el desarrollo de la cultura y de la organización escolar en varios países europeos. Sus miembros por otra parte se una distinguido por una auténtica dedicación popular y por una singular capacidad de comprender los grandes cambios (o, si se prefiere, las grandes “revoluciones”), que han escalonado la historia moderna; de revolución científica (recuérdese a los escolapios galileianos) a la revolución francesa, desde las revoluciones nacionales y democráticas a las revoluciones industriales en sus varios aspectos.

Si hoy nos encontramos aquí para celebrar el 400° aniversario de la fundación de la escuela de Sta. Dorotea y si aquella escuela pequeña y lejana ha adquirido en el decurso de los siglos un gran significado simbólico, se debe a la Orden de los Escolapios que no ha perdido la conciencia de sus propios orígenes, es decir, la conciencia de una misión que cumplir. Y se debe también al hecho de que la escuela popular y gratuita ha venido a ser un tema básico de la moderna civilización y de la política de los estados. Después de cada revolución política o social se ha puesto siempre manos a la obra a programas de alfabetización de masas. Después de cada guerra la reconstrucción comienza por la escuela. Esta es también la razón por la cual en 1948 José de Calasanz fue proclamado *patrono de las escuelas populares cristianas*. Era como decir que la Iglesia católica (aunque el discurso vale para todas las iglesias cristianas) no había estado al margen del desarrollo y de la organización institucional de la cultura y de la educación de los pueblos y que los estados modernos habrían debido valorar semejante patrimonio. En este caso la memoria histórica venía a ser perspectiva ideal e indicación política.

Para los discípulos de Calasanz Sta. Dorotea ha sido, al mismo tiempo, un motivo de orgullo y, tal vez, un severo aviso a su mala conciencia. También cuando se han encontrado dirigiendo colegios verdaderos y propios para hijos de nobles (y eso sucedió viviendo todavía su fundador) o cuando en el transcurso del siglo XVIII han sido llamados por varios gobiernos a relevar los colegios de jesuitas o cuando en tiempos más recientes se han comprometido en varias partes del mundo a una actividad pastoral o misionera más intensa, no han olvidado jamás su carisma original y su dedicación al campo de la educación de la juventud. Historia difícil, compleja y contradictoria la de una Orden empeñada en el

¹ Ponencia para el IV Centenario de la educación de la escuela de Calasanz (1597-1997). Se desconoce el momento de su redacción.

delicado sector de la escuela, espejo de las contradicciones de la vida y de la sociedad, lugar de crisis y de deterioro de las formas de conciencia tradicionales y de gestación fatigosa de las nuevas.

Dramática por lo demás había sido también la vida del fundador, dedicado a combatir en más de un frente: primero para hacer que se aceptase la idea de una escuela primaria gratuita, abierta a todos los niños pobres de la ciudad; luego para lograr que se aceptase la idea de una nueva congregación religiosa para garantizar la continuidad de aquella escuela; y finalmente para convencer a quien correspondía de la necesidad de fundar escuelas de humanidades para completar la obra iniciada con las escuelas primarias. Lucha durísima que inició poco antes del martirio de Giordano Bruno que aconteció a dos pasos de la sede de la escuela que, por necesidad de espacio más amplio, había sido trasladada al *Campo dei Fiori*, continuó y se entrecruzó con la “cuestión galileana” y con las peripecias romanas de Campanella.

2. La apología de las Escuelas Pías de Tomás Campanella

No recuerdo por casualidad estos nombres, puesto que si de Giordano Bruno no hay rastro en los documentos históricos de los escolapios, Galileo y Campanella tuvieron una relación significativa con Calasanz y sus discípulos. Galileo de hecho, en el último periodo florentino estuvo asistido por algunos religiosos escolapios con el consentimiento y el permiso del fundador, por lo cual algunos de ellos fueron también acusados ante la Santa Inquisición de profesar doctrinas atomistas y materialistas. Campanella en cambio fue hospedado por Calasanz en la casa religiosa de Frascati por varios meses, entre 1630 y 1632, con el encargo de impartir cursos de filosofía y teología a los jóvenes clérigos escolapios allí reunidos. Y antes todavía, en 1629, Calasanz había enviado tres religiosos suyos a Milán, para que pudieran aprender las técnicas de enseñanza de la gramática latina de un viejo y discutido amigo de Campanella, Gaspar Scioppio (con el cual permanecieron en contacto por algunos años, hasta que este último se sintió ofendido porque sostenía que uno de ellos, el P. Apa, había copiado parte de su gramática sin citarlo siquiera).

Como es sabido, al menos por los escolapios, Campanella escribió una *Apología de las Escuelas Pías* que, releída con atención, ayuda a comprender la dureza de los tiempos (ya que él debió defender las escuelas para los pobres frente a aquellos laicos que las consideraban inútiles y peligrosas) y el extraordinario relieve de la iniciativa de Calasanz (que, a fin de conservar las escuelas organizadas por él, funda una orden religiosa, lo cual no agradó a las órdenes religiosas ya existentes).

A) Dando la cultura a los pobres se desajustan antiguos equilibrios.

Las objeciones que eran aducidas por los laicos eran en cierto modo plausibles

Se hacía notar, por ejemplo, que los religiosos viven del trabajo ajeno y por eso, además, de vivir a cargo de la sociedad, privan a la sociedad misma del trabajo que ellos mismos deberían hacer. Los escolapios, además, enseñando a los pobres, los orientan hacia la carrera eclesiástica, sustrayendo fuerza de trabajo al mundo productivo de la agricultura, del artesanado, de la servidumbre, de la carrera militar; por lo cual finalmente los nobles se ven obligados a dedicarse también a estas profesiones, descuidando aquello que, según Aristóteles, debía ser su competencia principal, es decir, el gobierno del estado. El caso es que, dando cultura a los pobres, se alimenta el peligro del desorden social descomponiendo

antiguos equilibrios. Finalmente las Escuelas Pías son inútiles y superfluas, porque en las grandes ciudades están ya los jesuitas, que dirigen las escuelas de gramática y de humanidades para los pobres, y en los pequeños centros están ya los maestros elementales para nobles y plebeyos. Y en último término la enseñanza de la religión puede ahora ya ser garantizada también por los padres, por los monjes, por los frailes, etc., etc. Por lo demás, no es cosa de fundar una orden religiosa para cada profesión (abogacía, medicina, milicia, actividad notarial, etc.), porque en tal caso habría más profesores, más notarios y más abogados que discípulos y muchos de estos profesionales estarían constreñidos a pedir limosna.

Las respuestas de Campanella están muy articuladas y reflejan una lúcida comprensión de los problemas de su tiempo.

El saber es un valor en sí mismo y un instrumento de perfección para el género humano; son los tiranos los que quieren al pueblo ignorante y, en definitiva, corrupto; un pueblo culto, de hecho, no tolera la tiranía, ni se deja engañar por los sofistas y los herejes. El saber además fecunda todas las profesiones: un pintor que conoce las matemáticas es probable que haga cuadros mejores, un agricultor que conoce la ciencia de los cultivos y de las crías de ganado obtiene mejores resultados. El razonamiento vale también para los artesanos y para cualquier otra actividad.

La conclusión es obvia: el estado debe cultivar y desarrollar el patrimonio intelectual de los ciudadanos, de otra suerte se verá privado e enormes ventajas. Esta es la razón por la cual la enseñanza, el ejemplo y la actividad educativa de los religiosos en la economía general de un estado son más importantes que el trabajo mismo de los artesanos y de los agricultores. Sólo a un observador desprevenido y superficial pueden aparecer improductivos los religiosos. En realidad conviene a los príncipes, al pueblo y al estado en conjunto extender y divulgar el saber.

B) Son más útiles al estado los plebeyos de buena casta que los nobles prepotentes.

Si es verdad, como sostuvo Macchiavello refiriéndose a la antigua Roma, que la lucha entre plebeyos y patricios mejora la república, entonces la escuela para los pobres viene a ser el estímulo de esta dinámica social. Los hijos de los pobres, de hecho, una vez instruidos podrán ocupar puestos elevados en la administración pública hasta el punto de suplantar a los nobles de cabeza dura y corrompidos ya por las riquezas y por el ocio. Quien no tiene talento podrá siempre dedicarse a trabajos artesanales, desempeñándolos mejor que quien puede contar con un tipo de conocimientos meramente empírico. Por lo demás son más útiles al estado los plebeyos de buena casta que los nobles obtusos y prepotentes, Piénsese en los resultados obtenidos por Carlos Borromeo con sus escuelas para los pobres, tan hostigados por la nobleza: ha creado un clero culto y ha salvado y reformado la entera diócesis de Milán. Los derechos de los pobres están escritos en la misma creación: Dios no ha dividido la humanidad en dos especies, de las cuales una es capaz de felicidad y la otra está condenada al dolor y al sufrimiento. Dios es único, único es el género humano y único es su destino.

C) Impedir el acceso a los estudios superiores contradice al derecho natural.

Más internas a la dinámica de la Iglesia son las objeciones aducidas por los religiosos.

Las escuelas de Calasanz son superfluas y nefastas, sea porque ya están los jesuitas dedicados a la escuela, bien porque los escolapios terminarían por sustraer los alumnos a los jesuitas. Además ya se sabe cómo van las cosas: se empieza por enseñar la gramática y después se pretende enseñar la lógica y las ciencias superiores y se abandona la enseñanza a los pequeños y a los pobres. Más vale descabellar al toro e impedir a los escolapios el estudio de las ciencias superiores, porque, si las aprenden, es lógico que quieran enseñarlas. Y todavía más, ¿cómo es posible salir a pedir limosna para vivir y al mismo tiempo desempeñar las funciones de profesores en las escuelas secundarias, comprometerse en la actividad pastoral (confesar, predicar, fundar cofradías, etc.) y hacer escuela cada día a los niños pobres? En este caso se va a pisotear a otros frailes que, no sabiendo qué hacer, se dedicarán al ocio, como sucedió a los monjes cuando nacieron los mendicantes.

A los religiosos preocupados recuerda Campanella que en la iglesia universal hay sitio para todos: los jesuitas pueden dedicarse a los estudiantes nobles más maduros de las grandes ciudades y los escolapios a los pobres y a los pequeños en los centros menores. Sin embargo, si alguna se ocupa preferentemente de escuelas elementales, no por esto se le debe impedir una sólida formación científica, puesto que para llegar a ser sacerdote es ya necesario seguir un *currículum* de estudios filosófico-literarios, teológicos y jurídicos. Impedir el acceso a los estudios superiores iría contra el derecho natural y contra el derecho divino, además de ir contra la tradición de la iglesia. ¡Y luego se quiere una sólida formación científica y teológica para contrarrestar los errores de Erasmo, de Valla y de Melancton! No se debe olvidar por otra parte que cuanto más culo es uno más se comprenden las cosas humildes y mejor se enseñan.

Campanella sabe que la catolicidad está fuertemente enraizada en la historia terrena, conoce la rica implantación de las órdenes religiosas, así como las tensiones que desde siempre caracterizan sus relaciones especialmente en el ambiente romano, demasiado congestionado; conoce las Escuelas Pías por dentro y ha quedado evidentemente fascinado por el trabajo, el entusiasmo y la valentía de un grupo de personas que pretendían institucionalizar el heroísmo y la pobreza. No se limita a lo real, que por el momento es poca cosa, sino que piensa en lo posible, o sea, en el mensaje universal que está contenido en la actividad de aquellos peregrinos de la cultura que, en el curso de pocos años, han logrado fundar escuelas en centros menores como Frascati, Narni, Gubbio, Carcare, Finale Ligure etc. Asume con plena lucidez la crisis de la nobleza y valora positivamente el dinamismo social y las luchas de clase (las llama justamente *contenciones*). Luego para desvelar el sentido profundo de la misión calasancia sintió la necesidad de colocarla dentro de un estado concebido como un todo orgánico, para el cual la cuenta de pérdidas y ganancias entre el dar y el tener (o si se prefiere, el cálculo costos – beneficios) no pueden ser comprendidos recurriendo al modelo simple de las cuentas del gasto, puesto que también la profesionalidad y la competencia, e incluso la cultura, la moralidad y el sacrificio pueden tener de por sí su propia recaída económica.

3. La gran reforma católica

Campanella que en 1616, con singular previsión, había escrito una Apología de Galileo, en el prefacio de su *Teología* (1636) insistía en el alcance epocal de los descubrimientos geográficos (que habían cambiado radicalmente la imagen de la tierra y de la humanidad) y de la revolución copernicana (por más que la interpretase a su manera). Se daba cuenta por

otra parte de la crisis del aristotelismo, inadecuado ya para expresar las verdades reveladas y anhelaba una gran “reforma” que debía conducir a la unificación del género humano a través de la aceptación de una única fe. Justamente la reforma; *la reforma católica*. El término es ambiguo, pero definido adecuadamente podría tener su propia legitimidad. José de Calasanz está en medio de esta reforma católica; condivide con ella, por así decirlo, la ideología; pero con sus iniciativas se aparta de ella sustancialmente.

A) *Algunos aspectos de la historia europea y la instrucción popular.*

Para comprender este desarraigo es oportuno tener presente algunos aspectos de la historia europea y de la historia de la ciudad de Roma en el siglo XVI.

El siglo que transcurre desde 1550 a 1650 ha sido definido “el siglo de hierro” por dos autorizados testigos oculares: Shakespeare y Cervantes. Basta pensar en las guerras, en las guerras de religión, en los exterminios en Europa y en el Nuevo Mundo, en las migraciones forzadas, en el comercio de esclavos, en las epidemias, en la prepotencia de los nobles que, de vez en cuando, disponían de propias tropas y se dedicaban incluso al bandillaje.

Ha de tenerse en cuenta además que la Europa de los primeros decenios del quinientos, al contrario de lo que se cree, está sólo parcialmente cristianizada. Es una Europa medio bárbara, en grandísima parte analfabeta, semipagana, supersticiosa, dada a la práctica de la magia. Esto significa que en la mayor parte de la población sobreviven estructuras psicológicas y costumbres totalmente extrañas a lo que hoy día se entiende cuando se habla de fe y de práctica cristiana. Los pobres, además, los subproletarios, los analfabetos y sobre todo los mendicantes tienen su propia religión: son *peor que los luteranos*, afirmaba un mendicante en el curso de un proceso entablado en Roma en 1595.

Si se tiene presente este contexto se puede ver también en el movimiento protestante, con la evangelización de los países que fueron conquistados a la reforma, y en la así llamada contrarreforma católica con la organización del catolicismo post-tridentino, una tentativa gigantesca de cristianización y de aculturación del continente europeo.

Algunos historiadores han visto en la invitación protestante a la lectura individual de la Biblia y en la actividad de enseñanza y de proselitismo de los pastores, de las sectas, de las iglesias, además de un medio para la formación de la conciencia cristiana un estímulo también para la alfabetización, como si, en la Europa cristiana, la difusión de la cultura caminase al ritmo con la conquista del derecho a la herejía. Pero en realidad también el mundo católico se movió ya antes del concilio de Trento con la fundación de las escuelas *rionales* (es decir, de barrio), queridas por León X (1519) y con la creación de las escuelas de la doctrina cristiana que, a partir de 1539, se difundieron en casi todas las parroquias del norte de Italia, en muchas de Italia central y también en Roma. Después con las misiones populares que alcanzaron las más apartadas campiñas del sur y los más alejados pueblecitos de montaña (téngase en cuenta a los capuchinos, a los pasionistas, a los jesuitas, y, más tarde, a los redentoristas) y con la dedicación a la escuela de varios órdenes como los somascos, los barnabitas, los jesuitas ya mencionados y finalmente los escolapios. En las escuelas de la Doctrina Cristiana parece haberse inspirado Carlos Borromeo al organizar la catequesis en la diócesis de Milán y en otras diócesis lombardas. Tampoco puede olvidarse la fundación, siempre por parte de Borromeo, de los seminarios gratuitos para niños po-

bres, que, después de una larga y programada formación cultural y espiritual, eran encaminados a la carrera eclesiástica y acabaron por renovar y reforzar en todos los sentidos el clero lombardo.

También Campanella recordaba la actividad del cardenal Borromeo para demostrar la actividad de las clases pobres y populares que, en el servicio de la Iglesia, suplantaban a los retoños exhaustos de la nobleza.

No quiero entrar en discusiones inútiles sobre quién abrió por vez primera una escuela gratuita para niños pobres. Para los historiadores una cuestión de este tipo, propuesta en términos abstractos, no tiene sentido. El Medioevo está lleno de escuelas gratuitas; los husitas, en Bohemos y Moravia, en la primera mitad del siglo XV habían creado dentro de sus comunidades escuelas de enseñanza mutua, donde los niños y los adolescentes aprendían el griego, el latín e incluso el hebreo. Daba cuenta de ello con admiración y envidia un testigo nada sospechoso, Eneas Silvio Piccolomini, el futuro Pío II. En el 400 se crearon las escuelas humanísticas y Savonarola, en su breve estancia florentina, creó escuelas y orfanotrofios para niños pobres y solos. Al principio de los 500 el humanista inglés John Colet, amigo de Erasmo y de Moro, funda en Londres una escuela humanística gratuita que contaba con 150 alumnos (para esa escuela Erasmo en 1509 escribió el *De pueril institutis*, aunque luego, por circunstancias bien conocidas de los estudiosos, el texto fue publicado cerca veinte años más tarde). Una escuela gratuita para niños pobres y mendicantes, donde se enseña a leer, a escribir, a hacer cuentas y donde se enseña incluso un oficio se encuentra en Venecia en los años 1520 y 1521. En los centenares y centenares de escuelas de la doctrina cristiana se enseñaba durante 85 días al año y por dos o tres horas al día a leer el catecismo, a escribir con bella caligrafía y con frecuencia incluso a hacer cuentas. Y desde el momento que la enseñanza era impartida por ciudadanos libres voluntariosos y a veces también culturalmente preparados, no se excluye que hubiera escuelas bien organizadas. No hay que olvidar que también Calasanz era uno de estos catequistas.

Si después se sale del patriotismo católico se encontrará que a lo largo del siglo XVI muchísimas ciudades italianas contrataban por lo menos un maestro (pero con frecuencia más de uno), para que diera clase a grupos de niños pobres. Estos maestros, aparte de leer, escribir y hacer cuentas, enseñaban también la gramática y la lengua latina (como sucederá en la escuela de Calasanz). Estas iniciativas eran con frecuencia financiadas con legados y fundaciones. Y si se recorre la organización de las escuelas primarias en la Germania reformada o se trata de poner a punto la tasa de alfabetización en países como Holanda, Suecia, Inglaterra, y luego se confrontan los datos numéricos con los recogidos en los países latinos, nos damos cuenta de que en algunas partes del norte de Europa en este campo ha habido un desarrollo más tempestivo.

B) Riqueza y pobreza en la Roma de finales del siglo XVI.

Con todo esto no se pretende disminuir la importancia y el significado de las escuelas de Calasanz. Pero ¿cómo era la Roma de finales del siglo XVI?

Hay que decir ante todo que en este siglo nace la figura moderna del pobre; es hijo del capitalismo, de un gran incremento demográfico (debido, aparte que al aumento de la media de edad, también a la política presupuestaria de los estados y de las administraciones municipales, a la ampliación del mercado y a la tempestividad de los socorros en ocasión

de las carestías) y de la que los historiadores han llamado la “revolución de los precios”, una inflación tajante que llegó al 23% sin una adecuación correspondiente de los salarios. Desarrollo demográfico por tanto y desarrollo económico estuvieron en los orígenes de un proceso de disgregación y de una excepcional movilidad social. Europa es infestada no sólo por las tasas, sino también por la guerra, por el hambre, por la peste (en la cual entran también las enfermedades infecciosas y epidémicas), por los saqueos; y la gente se mueve, huye, se traslada continuamente de la campiña a las ciudades, muchas de las cuales, en el decurso de un siglo, duplican el número de sus habitantes y vienen reestructuradas casi totalmente. Las ciudades se pueblan de una inmensa legión de pobres, una verdadera y propia internacional de la miseria compuesta de viejos, mujeres, niños, enfermos, impedidos o disminuidos. Y así la que estamos acostumbrados a recordar como la edad de oro del Renacimiento fue también la edad de la miseria, del sufrimiento y de las rebeliones populares, que ardieron desde Andalucía hasta Rusia, desde los países escandinavos hasta Nápoles y Palermo. Y, aparte los lamentos, resonaron por todas partes (y han permanecido en las canciones, en el folklore, en las fábulas y en el teatro popular de todos los países) las invocaciones de un Dios amante y vengador del pueblo, de la igualdad y de la fraternidad, junto con la evocación de una época feliz de justicia y de tolerancia, en la que fuese abolida la propiedad privada e instaurada la democracia directa.

A pesar de esto no se debe pensar que los desesperados estuvieron siempre y de cualquier modo en pie de guerra y quisieran “cortar la cabeza a los nobles y a los ricos”. Ellos fueron sobre todo las víctimas de una sociedad violenta en sus mecanismos; representan el 25% de toda la población. Los estados y las ciudades no consiguen librarse de ellos; sin casa y sin mansión estable (“escucha, escucha”, decía una antigua patraña para niños, “los perros ladran, los mendicantes llegan a la ciudad”) llenan los hospitales, los hospicios, los tribunales, las cárceles; para ellos se fundan las cofradías y los institutos de beneficencia. Es en este terreno de lo social (y no sólo en el campo de la evangelización) donde se desarrolla el vasto movimiento de la reforma católica al que pertenece José de Calasanz.

También la ciudad de Roma duplica en el decurso del siglo el número de sus habitantes (pasando de 55.000 a cerca de 100.000, en el año santo de 1600 se llega a 107.000) y resulta totalmente reestructurada desde el punto de vista urbanístico y en gran parte reconstruida: se rehicieron barrios enteros y se arreglaron los diques del Tíber, se reconstruyeron 63 palacios nobiliarios (verdaderas y propias mansiones principescas, 53 iglesias, 3 acueductos, 25 fuentes e inmensos complejos edilicios: el palacio de Venecia, el Laterano, el Vaticano, S. Pedro, la Cancillería, el palacio Farnese, la Sapiencia, la Trinidad de los Peregrinos, el Colegio Romano, el Capitolio, el Hospital de los Mendicantes, etc. Uno se pregunta: ¿cómo se recogió tanto dinero? Ciertamente de las limosnas y de las indulgencias, pero también de las tasas y de la venta de los cargos, de los títulos y de los beneficios y sobre todo de la deuda pública. Según las investigaciones de Delumeau desde 1526 a 1605 se lanzaron cincuenta suscripciones. Es obvio que para restituir la deuda se rebajaban regularmente las tasas por decreto, se imponían nuevas tasas, se ponían a la venta nuevos cargos y a subasta nuevos beneficios. El hecho es que los habitantes del pequeño Estado Pontificio (1.500.000) debían financiar una política de gran potencia, además de un lujo y un despilfarro, que no tenía igual en otros países europeos.

La crisis explotó a finales del siglo en concomitancia con una serie de carestías, que se prolongaron de 1591 a 1594. Fue una crisis financiera: quebraron en cadena bancos con

todos los ahorradores, así como los mercaderes, los empleados de curia, las instituciones religiosas. No sólo la Cámara apostólica, sino que todos estaban llenos de deudas. Y en consecuencia se planteó inmediatamente la crisis social y moral. Decenas de miles de personas se quedaron en el arroyo. Es verdad que la ciudad que era siempre con todo la capital del mundo católico, en el decurso del siglo había visto nacer órdenes y congregaciones religiosas, convictorios eclesiásticos y seminarios nacionales, sesenta compañías laicales y cofradías con ramificaciones en toda Europa. Se habían fundado orfanotrofios, hospicios, casas de recuperación para las prostitutas y las hijas de las prostitutas, escuelas, reformatorios, colegios, hospitales. Con todo eso millares de familias vivían en la indigencia más total, encomendándose a la beneficencia y los hijos, con la clausura de los talleres y de las tiendas artesanales, vivían en las plazas y en las calles pidiendo limosna y con frecuencia alimentando la microcriminalidad. En 1595 existían 19 categorías de mendigos y la ciudad estaba “llena de mendicantes”, los cuales, pocos años después, al inicio del seiscientos, se organizaron precisamente en corporaciones y en el 1615 tuvieron una iglesia propia: S. Isabel “in Banchi”.

Naturalmente los problemas sociales no se resuelven con leyes represivas, con la beneficencia, con las cofradías y las órdenes religiosas. Se podía recorrer el camino de la promoción de la industria, del artesanado, del comercio para encontrar nuevos puestos e trabajo. Hizo la prueba Sixto V, pero sin grandes resultados, porque en la ciudad faltaban las necesarias infraestructuras, calificaciones profesionales, actitudes psicológicas. Y así después de que la mayor parte de los recursos había sido engullida por la construcción o había terminado en el pozo sin fondo de la caridad, la capital del estado pontificio estaba condenada a vivir de los residuos de la especulación financiera y a depender ella misma de la caridad del mundo católico.

Una ciudad, por tanto, llena de peregrinos, de mendigos, de pobres y, como todas las demás ciudades europeas, llena de niños de menos de 15 años (en otras ciudades el porcentaje de niños por debajo de los 15 años está alrededor del 35-40%, como sucede todavía hoy en los países subdesarrollados; en Roma, donde se encuentran muchos religiosos y religiosas, muchos militares y muchas mujeres que viven solas probablemente el porcentaje es ligeramente más bajo). Y sin embargo la ciudad puede contar con un sistema escolar y educativo bien diferenciado, que iba de las escuelas rionales (algunas de las cuales eran precisamente mixtas) a las escuelas de la doctrina cristiana; de los colegios de los jesuitas a los reformatorios femeninos (donde se enseñaba a las niñas la economía doméstica) y masculinos (donde los niños aprendían un oficio), hasta los convictorios y los seminarios eclesiásticos o a los escolasticazos de las órdenes religiosas. ¿Qué más se podía pedir?

C) Faltaba una escuela popular como la fundada por Calasanz.

Evidentemente faltaba una escuela popular como la fundada por Calasanz en Sta. Dorotea. La mejor prueba de su necesidad está en el hecho de que, a la vuelta de poco tiempo, aquella escuela resultó hasta tal punto numerosa, que fue necesario encontrar ambientes más amplios, primero en Campo dei Fiori y, finalmente, en la casona de S. Pantaleón, junto a la plaza Navona. Esto significa que el proyecto respondía a exigencias reales; también en los ambientes pobres, populares y analfabetos aprender a leer, a escribir y hacer cuentas, aprender un poco de latín, un poco de catecismo y un poco de buena educación era una exigencia difundida. Ciertamente que la escuela de Calasanz no era una escuela neutral y laica en el sentido moderno de la palabra. El objetivo que se pretende alcanzar contempla también

la formación de una conciencia religiosa y, digamos también, “católica”, con todo lo que esto significa entre el 500 y el 600 en términos de prácticas devocionales, de ética del sacrificio, de aceptación por la fe de un cuerpo de doctrinas, de sumisión disciplinar a la autoridad eclesiástica, de lucha contra los herejes, etc. Pero hay que tener presente que aquellas escuelas estaban abiertas a todos (incluso a los hebreos), que detrás de la cáscara de las doctrinas y las prácticas religiosas se encuentra casi siempre un sistema de valores humanos y racionales y que, en un proyecto educativo, se proponen ideales elevadísimos para obtener en realidad muchos menos, es decir, lo que se puede.

Como quiera que sea, más allá de los inevitables residuos contrarreformistas, aquellas escuelas, en la estructura de los programas, en la organización de las clases a base de edad y nivel de los conocimientos, en la especialización de las enseñanzas (cada profesor desarrolla una materia del programa) se configuran como escuelas modernas, inspiradas en la idea humanística de la universalidad de la cultura, dando de lado, sin embargo, a la tradicional concepción elitista del saber, difundida también dentro del mundo católico. En ellas por primera vez y de manera consciente se indica, realiza y defiende el derecho a una escuela gratuita para todos, incluidos los pobres, separándolo del derecho a la herejía y de la tentación de construir el consenso. El niño o “los más pequeños”, como los llamaba afectuosamente Calasanz, se convierten en el centro del sistema educativo. El saber está al servicio del hombre y no al revés. De esta manera la inspiración humanística resulta una misión. Entre tantos documentos que, en la sencillez de lo cotidiano, testifican el extraordinario significado de esta misión, quiero citar aquí una carta inédita² del P. Salistri, que había recogido el testimonio de algunos colaboradores de Calasanz *gran héroe de santidad*, el cual, escribía, *si no hubiera hecho otra cosa que estar al lado de los niños más de 50 años para amaestrarlos y enderezarlos, bastaría esto como un gran testimonio de su grande humildad y caridad. He hablado con personas, que todavía se acuerdan de cómo permanecía inmóvil sentado en el patio de las escuelas y les oía leer, les corregía las páginas, los atraía a la doctrina cristiana, al ejercicio de las virtudes, y les daba como premio estampitas de santos, dulces y confetis, y a los más pobres los libros de lectura, el papel y las plumas; y en aquella venerable edad parecía ser un chiquillo entre ellos, pero un chiquillo repleto de una gravedad inocentísima; por las noches además se apresuraba a prepararles los modelos a escribir; y, con todo esto, terminadas las clases, no dejaba de trabajar, yendo también a la cuestación, barriendo las mismas escuelas y limpiando incluso la cuadra y el borrico con una total ecuanimidad, en cualquier circunstancia”* (Archivo de la Casa generalicia de los Escolalios en Roma, S. Pantaleón, Reg. Gen. 139, p. 372, Regestum litterarum P. Jo. Chrysostomi Salistri. Agradezco al P. General que me haya ofrecido copia de esta carta).

Esta imagen viva, simple, doméstica está muy lejos de cierta iconografía del 600, que parece identificar la santidad con la negación de todo sentimiento humano. Sugiere, en todo caso, una aproximación a otro gran educador de la “reforma” católica (aquí no se usa el término en sentido ambiguo), Felipe Neri, extraordinario intérprete de un cristianismo gozoso, ingenioso, tolerante, que tenía bien poco que ver con los aspectos más discutibles del espíritu de la contrarreforma. Se sabe que Calasanz tuvo una grandísima veneración por Felipe Neri y que tal veneración ha permanecido siempre viva también dentro de la orden fundada por él. En la celebración del tercer centenario de la fundación de la escuela de Sta. Dorotea (1897) el cardenal Capecelatro escribía que los dos santos eran “muy semejantes”

² En el momento de escribir esta colaboración, hace ya años.

también en el amor a los niños y a los jóvenes. Y se podría añadir que el Oratorio por una parte y la escuela de Calasanz por otra representaron un elemento de incomodidad en la Roma de su tiempo; fueron eventos no previsibles y ni siquiera imaginables. Pretender educar a los muchachos y darles una formación cristiana a través del juego mediante una relación no autoritaria ni represiva y pretender fundar una escuela para los niños pobres en época postridentina, se situaban en la esfera de las extravagancias, si no justamente de la locura.

4. En las escuelas de Calasanz la utopía se convierte en realidad.

Intentemos imaginar una escuela elemental que, a la vuelta de pocos años, recoge a 1.200 niños pobres, que provienen de todos los barrios de Roma, que están encomendados a decenas de enseñantes, que prestan su ayuda por amor de Dios y que, después de haber dado clase mañana y tarde y después de haber devuelto a casa a sus escolares, van a pedir limosna para vivir. Semejante escuela no podía pasar inadvertida.

La radicalidad de las objeciones recogidas y refutadas por Campanella, de quien he hablado más arriba, es la contraprueba del “desorden” provocado en la ciudad eterna por este cura español, que se había formado en el ámbito de la reforma católica en su España de origen y que, con tantos compatriotas suyos, conividía el ideal de una misión a cumplir. Y esto porque los grandes maestros humanistas de Europa (desde Erasmo hasta Vives y Moro) habían trazado proyectos y enunciado principios, habían criticado las escuelas de su tiempo y habían discutido sobre la pedagogía infantil y sobre cómo habría tenido que ser la escuela; alguno había preparado incluso textos escolares. Pero se necesitaba una gran obstinación y una gran pasión moral para fundar y dirigir verdaderas escuelas. Y era necesario que la pasión moral se desposara con la reflexión sobre los fundamentos del derecho, para que se entendiera que entre las competencias de un estado moderno debía estar también la tutela de los pobres y de los menesterosos. También en este caso el mensaje fue proclamado con ponderación académica por un español, hijo también él de aquella reforma católica que, en los momentos más altos, supo conjugar la convicción difundida de una misión que cumplir con el análisis racional del hombre que vive en sociedad bajo el dominio de la ley (se trata de Mariana).

Pero Calasanz no era un filósofo del derecho y del estado. Cuando se planteó el problema de crear nuevas escuelas y de garantizar la continuidad de su iniciativa no encontró nada mejor que fundar una congregación religiosa y después una orden religiosa simplemente porque ésta era la praxis consolidada en la tradición cristiana. En el plano práctico, cuando fue solicitado por los poderosos que querían las escuelas en sus territorios, buscó el modo de contentarles, porque estaba convencido de que la instrucción, la educación y la cultura a la larga derrotarían el maquiavelismo en el poder. Para sus religiosos escogió el radicalismo de la pobreza, pero en la Roma de su tiempo no había encontrado ejemplos estimulantes para seguir caminos diversos. Una orden pobre respondía a las exigencias de una iglesia pobre, cuando todo pasaba a través del dinero, los negocios, las intrigas, el nepotismo, la corrupción y las deudas. Era una perspectiva si se quiere utópica; pero en el “siglo de hierro” no habían faltado tampoco las utopías, utilísimas para diagnosticar los males del tiempo (comprendidos en ellos los males del cristianismo), para indicar los objetivos a alcanzar y las reformas a hacer también en el ámbito escolar y educativo (pero se trataba de construcciones ideales, por supuesto). Entre el “hierro” de la dureza de la vida y de las desventuras, el frío diagnóstico de las locuras humanas y la omnipotencia

ilusoria del sueño o del deseo se colocan las escuelas de Calasanz. En ellas lo que era impensable, lo que no se había visto en ningún lugar, adquirió forma por primera vez y se convirtió en realidad.

Exposición defendiendo el derecho de los pobres a la educación (1645)³

Probablemente, este documento, sin firma conocida hasta hoy, fue escrito en 1645 antes de la tercera sesión de la Comisión de Cardenales que debía celebrarse el 18 de julio y en la que quedaba en juego la existencia misma de las Escuelas Pías. Si no fue calografiado por Calasanz, su contenido responde exactamente a sus puntos de vista.

En el siglo XVII la idea de la escuela para todos, incluidos los pobres, no era común ni defendida por todos. Calasanz se encontró con que hombres poderosos, como el cardenal Roma, no eran partidarios del derecho de los pobres a la educación. Y, además, era presidente de esa Comisión que debía decidir sobre la viabilidad, y aun la existencia o no de las Escuelas Pías que habían nacido para hacer realidad el derecho de todo hombre a la educación. En el reverso del documento se lee: Contra las calumnias hechas al Instituto. De ahí la fuerza con que está escrito el documento, defendiendo el derecho de los pobres y el derecho a existir de la única institución dedicada exclusivamente a hacerlo realidad.

“Eminentísimo y Reverendísimo Señor:

Del instituto de las Escuelas Pías, ejercido por los Pobres de la Madre de Dios que consiste en la enseñanza y en la educación cristiana de los niños, sobre todo pobres, no sólo no se puede decir que es absolutamente superfluo, sino que se debe afirmar que es necesario, tanto por la razón universal de que debe enseñarse y educarse a la juventud en las buenas y virtuosas costumbres (razón de que andan llenos los libros de los filósofos morales, los santos Padres y todos los sagrados Concilios), sino, sobre todo, por la razón específica de que la República cristiana consta, en su mayor parte, de ciudades, tierras y personas pobres que, debiéndose procurar el sustento diario con las propias fatigas, no pueden cómodamente atender a sus hijos.

Sin embargo, éstos, por ser pobres, no deben ser abandonados constituyendo, como se ha dicho, la gran mayoría de la República cristiana y habiendo sido redimidos ellos también con la sangre preciosa de Jesucristo y tan apreciados por Su Majestad que dijo haber sido enviado al mundo por su eterno Padre para enseñarles: *Evangelizare Pauperibus misit me*.

De donde se concluye cuán lejos está de la piedad cristiana y del sentir de Cristo aquella política que dice ser nocivo a la República enseñar a los Pobres porque se les desvía, dicen, del ejercicio de las artes mecánicas.

La experiencia misma ha demostrado ser una razón falsísima, dado que, aquí en Roma, después de cerca 50 años que las Escuelas Pías enseñan a los Padres, no vemos exista penuria de ninguna clase de artesanos; sino que vemos que, en su mayor parte, con

³ Añadimos el presente documento para comprender mejor la obra y el compromiso de Calasanz. Tomado de, V. Faubell Zapata, *Nueva Antología Pedagógica Calasanziana*, Publicaciones Universidad Pontificia, Salamanca, 2004, pp. 69-72.

el beneficio de las escuelas, son capaces de llevar las cuentas de sus mercaderías, sin necesidad de que nadie les escriba y haga las cuentas, como hacía falta antes de que se iniciara la actividad de las escuelas.

Y la razón por la que no faltan artesanos, a pesar de haber frecuentado la escuela, es porque son raros los pobres que, después de haber aprendido a leer y escribir, pasan a la gramática, ya que se paran en la escuela de escribir y del ábaco que, una vez razonablemente aprendido, emprenden cualquier oficio. Aunque también es cierto que, para algunos oficios ejercidos por pobres, es necesaria un poco de gramática, como para ser notarios, copistas, quirurgos, boticarios o drogueros y otros parecidos.

Además de que vemos que ningún príncipe o república se vale de tal política permitiendo en cualquier tierra sujeta a él, aunque sea pobre, la contratación del Maestro de escuela con salario público. Y también en Roma, los Maestros de Distrito que trabajan por los Pobres están pagados por el Pueblo romano, sin temor alguno de que por ello se desechen los oficios.

Pero, aun cuando la erudición no fuera conveniente para los pobres, ¿quién podrá negarles, con un mínimo de sentido cristiano, la buena educación, parte principal del carisma de las Escuelas Pías?

Aunque la educación y la enseñanza ya vienen ejercidas por los Padres de la Compañía de Jesús a lo largo de todo un siglo con suma excelencia y caridad a favor de todo el mundo, sin embargo, la experiencia hace ver que no pueden satisfacer a todos con tantas y tan variadas y gloriosas ocupaciones. Y, de hecho, no pueden, según su carisma, fundar en ciudades y tierras pequeñas y pobres, en las que pueden fundar los Pobres de la Madre de Dios por razón de la Suma Pobreza que profesan.

De todo lo cual se concluye que, en mies tan abundante del anchuroso campo del mundo, no pueden faltar a los Pobres de la Madre de Dios espigas que recoger tras los grandes segadores de la Compañía de Jesús que, diariamente, recogen gruesos y abundantes haces de los que deben Vuestras Paternidades, según la Ley, dejar adrede para los Pobres”.